



**El vagabundo de las estrellas**

**Jack London**

Prólogo de Fernando Savater

Traducción de Héctor Armau

colecciónnotraslatitudes

Nórdicalibros

## LA IMAGINACIÓN COMO LIBERTAD

FERNANDO SAVATER

Los escritores estimulan la imaginación de sus lectores por medio de las historias que les cuentan; pero unos pocos logran también ese mismo objetivo con sus propias biografías: Voltaire, Tolstói, Yukio Mishima... Es un caso nada infrecuente, sobre todo entre escritores norteamericanos, desde Edgar Allan Poe y Melville hasta Dashiell Hammett. Y Jack London, por supuesto.

La vida de John Griffith, que firmó su obra impecederá —o más modestamente, que durará junto a las más longevas hasta el acabamiento universal— como Jack London, lo tiene todo para despertar el interés y, si no me equivoco, la simpatía de la mayoría de los aficionados a la literatura. Hijo de un astrólogo y una adepta al espiritismo, fue un niño miserable, autodidacta esforzado, que vagabundó por oficios tan diversos como cazador de focas en Japón, peón caminero en Canadá y los Estados Unidos o buscador de oro en Alaska. Después se hizo periodista y más tarde novelista, llegando a ser autor de algunos de los primeros *bestseller* de Norteamérica. Políticamente militó siempre en movimientos de izquierda —con los que su individualismo radical no hizo nunca, sin embargo, buenas migas del todo—, por lo que en sus novelas trata de compaginar el afán de aventuras del héroe solitario con la preo-

cupación social del sujeto concernido por la colectividad. Pasó de la miseria a la opulencia, se arruinó varias veces, abusó del alcohol, acometió numerosos viajes y dos conflictivos matrimonios, hasta que finalmente se suicidó a los cuarenta años. No sé qué opinarán ustedes —la verdad es que me trae sin cuidado—, pero yo le tengo por uno de los personajes más simpáticos de la historia de la literatura.

Las obras más célebres de Jack London son sin duda sus novelas del Gran Norte —*La llamada de la selva* y *Colmillo Blanco*—, su ambiguo *thriller* marino *El lobo de mar* y su relato semiautobiográfico *Martin Eden*, así como numerosos cuentos magistrales. Pero mis preferencias se decantan por dos narraciones mucho más extrañas, su epopeya prehistórica *Antes de Adán* y, sobre todo, *El vagabundo de las estrellas*, que para mí será siempre *El peregrino de la estrella*, porque así se llamaba la traducción en la editorial valenciana de antes de la guerra donde la leí por primera vez siendo adolescente.

Esta novela admirable, a mi juicio única en el sentido más noble de la palabra (que no excluye, sino que casi supone, las numerosas imperfecciones y hasta deformidades de la auténtica innovación), contiene diversos relatos y numerosas perspectivas: es un cuento fantástico y una despiadada crítica social de los abusos de poder, una novela de aventuras y una meditación metafísica sobre nuestro destino, un canto a la imaginación humana y una reivindicación de la libertad y del coraje. Sobre todo, es una privilegiada metáfora del placer emancipador de la lectura, el cual juntamente se encarga de mostrar y demostrar.

Mucho antes de que la expresión «realidad virtual» se hiciera trivialmente común en nuestros días, este libro nos habla del espíritu como acaparador de todas las virtualidades si sabemos potenciarlo de modo conveniente, aun en las circunstancias menos favorables o más atroces. El peregrinaje anímico y la multiplicación vital que el protagonis-

ta encarcelado logra por medio de la tortura está al alcance de cualquier verdadero lector, o incluso de quien sea capaz de imaginar sin cortapisas o sin temor.

Pocas obras literarias son tan capaces como esta de hacernos sentir físicamente, casi dolorosamente, el peso de lo que nos encadena y el poderío de lo que nos hace infinitos. Ahora la releo y envidio a los jóvenes que vayan a conocerla por primera vez.



## CAPÍTULO 1

Durante toda mi vida he tenido conciencia de otros tiempos y de otros lugares. He sido consciente de la existencia de otras personas en mi interior. Y créanme, lectores, lo mismo les ha sucedido a ustedes. Regresen mentalmente a su niñez, y recordarán esta conciencia de la que hablo como una experiencia propia de la infancia. En aquel momento no habían cobrado una forma fija, no habían cristalizado; eran aún plásticos, un alma fluctuante, una conciencia y una identidad en proceso de formación, de formación —¡ay!— y de olvido.

Han olvidado muchas cosas, queridos lectores, y, aun así, al leer estas líneas, recuerdan vagamente las brumosas visiones de otros tiempos y de otros lugares que presenciaron con ojos infantiles; hoy les parecen sueños. Sin embargo, aun siendo sueños, por tanto, ya soñados, ¿de dónde surge su materia? Nuestros sueños se componen de una grotesca mezcla de cosas ya conocidas. La esencia de nuestros sueños más puros es la esencia de nuestra experiencia. Cuando ustedes eran tan solo niños soñaron que caían desde grandes alturas; soñaron que volaban por el aire como vuelan los seres alados; les acosaron arañas de innumerables patas y demás criaturas salidas del fango; oyeron otras voces, vieron otras caras inquietantemente familiares, y contemplaron amaneceres y ocasos distintos a los que hoy, al mirar atrás, saben que alguna vez contemplaron.

En fin, de acuerdo, esas visiones de la infancia son visiones de otros mundos, de otras vidas, de cosas que nunca habían visto en la vida misma que ahora están viviendo. ¿De dónde surgen, entonces? ¿De otras vidas? ¿De otros mundos? Quizás, cuando hayan leído todo lo que voy a escribir, encontrarán respuesta a las incógnitas que les he planteado y que ustedes mismos, antes de llegar a leerme, seguro que también se habían planteado.

Wordsworth lo sabía. No era profeta ni vidente, sino un hombre normal y corriente como ustedes o como cualquier otro. Lo que él sabía, lo saben ustedes y lo sabe cualquiera, pero él lo expuso más acertadamente en aquel poema que comienza así: «Ni en la completa desnudez ni en el olvido total...».

Y sí, es cierto, los recuerdos de esta prisión de carne se ciernen sobre nosotros apenas nacemos, y todo lo olvidamos demasiado rápido. Y sin embargo, aun recién nacidos, sí que recordábamos otros tiempos y lugares. Nosotros, niños indefensos, sujetos en brazos o arrastrándonos a cuatro patas por el suelo, soñábamos que volábamos por el aire. Sí, y soportábamos el tormento de aterradoras pesadillas, con seres oscuros y monstruosos. Nosotros, niños recién nacidos, sin ninguna experiencia, nacimos con miedo, con el recuerdo del miedo: y la memoria es experiencia.

En cuanto a mí, cuando apenas empezaba a hablar, a una edad tan tierna que todavía emitía sonidos para expresar si tenía hambre o sueño, ya sabía que había sido un vagabundo de las estrellas. Sí, yo, que nunca había balbuceado la palabra «rey», recordaba que una vez había sido el hijo de un rey. E incluso recordaba que alguna vez también había sido esclavo, e hijo de esclavos, y que había llevado una argolla alrededor del cuello.

Y más todavía. Cuando tenía tres años, y cuatro, y cinco años, aún no era yo mismo. Era solamente una transformación en curso, un flujo del espíritu todavía ca-

liente en el molde de mi carne en un tiempo y en un espacio concretos. En aquel tiempo, todo lo que había sido en las miles de vidas anteriores se agolpaba en mí, confundiendo el flujo de mi espíritu, en un esfuerzo por convertirse e incorporarse a mi persona.

Qué estupidez, ¿no? Pero recuerden, lectores —espero viajar lejos con ustedes, a través del tiempo y del espacio—, recuerden que he pensado mucho sobre todas estas cuestiones; que a lo largo de noches de sangre, de oscuros esfuerzos que duraron años y años, he estado a solas con mis muchas otras identidades y he podido contemplarlas y examinarlas. He pasado toda clase de infiernos en diferentes existencias para traerles noticias que compartiremos en esta hora, mientras leen cómodamente estas páginas.

Y volviendo a lo anterior, les decía que a la edad de tres, cuatro o cinco años, yo todavía no era yo. Simplemente estaba materializándome mientras tomaba forma en el molde de mi cuerpo, y todo el tiempo pasado, con su potencial indestructible, se forjaba en la mezcla de mi ser para determinar cuál sería la forma definitiva. No fue mi voz la que gritó en la noche por temor a cosas de sobra conocidas, pero que yo, en verdad, ni conocía ni podía conocer. Lo mismo sucedía con mis rabietas infantiles, con mis amores, con mis risas. Otras voces gritaban a través de mi voz, las voces de hombres y mujeres de otras épocas, de todos mis antepasados ocultos entre sombras. Y el gruñido de mi rabia se fundía con el de bestias más antiguas que las montañas; y los gritos histéricos de mi infancia, con todo el rojo de su ira, no desentonaban con los gritos bárbaros e ininteligibles de bestias pregeológicas anteriores a Adán.

Y así se descubre el secreto. ¡La ira roja! La que me ha aniquilado en esta, mi vida presente. Por culpa de ella, dentro de unas semanas, seré llevado desde esta celda hasta un lugar más elevado, con una plataforma inestable, adornada en su parte superior por una soga larga y tensa; y allí



me colgarán del cuello hasta que muera. La ira roja ha podido conmigo en todas mis vidas, porque ella ha sido mi catastrófica e infortunada herencia desde los tiempos del lodo primigenio, antes de los albores del mundo.

Ya es hora de que me presente. Ni estoy loco ni soy un lunático. Quiero que lo sepan, para que puedan darles el debido crédito a los hechos que pretendo explicarles. Soy Darrell Standing. Algunos de ustedes, al leer este nombre, me habrán reconocido de inmediato. Pero permítanme que exponga mi caso a la mayoría que no me conoce. Hace ocho años, yo era catedrático de Agronomía en la Facultad de Agricultura de la Universidad de California. Hace ocho años, el aletargado pueblecito de Berkeley quedó conmocionado con el asesinato del catedrático Haskell en uno de los laboratorios del departamento de Mineralogía: Darrell Standing fue el asesino.

Yo soy Darrell Standing. Me encontraron con su sangre todavía en las manos. Ahora bien, no voy a discutir sobre lo justo o lo injusto de este asunto con el profesor Haskell. Era una cuestión entre él y yo. El caso es que, en un acceso de furia, cegado por la misma ira roja que me ha maldecido a lo largo de las épocas, maté a mi compañero. Las actas del juicio demuestran que así fue; y, por una vez, estoy de acuerdo con el tribunal.

No, no me van a ahorcar por ese asesinato. Me condenaron a cadena perpetua. Por entonces, yo tenía treinta y seis años; ahora tengo cuarenta y cuatro. He pasado ocho años en San Quintín, la cárcel estatal de California. Cinco de esos años los pasé privado de luz, en la oscuridad: «aislamiento total», así lo llaman. Los hombres que son capaces de soportarlo lo llaman la muerte en vida. No obstante, durante esos cinco años conseguí un grado de libertad que pocos hombres han alcanzado jamás. A pesar de hallarme totalmente recluido, no solo fui capaz de viajar por todo el mundo, sino también de viajar por distintas

épocas. Quienes me encerraron durante esos años, insignificantes al fin, me regalaron, sin tan siquiera ser conscientes de ello, el esplendor de los siglos. En realidad, gracias a Ed Morrell, deambulé por las estrellas durante cinco años. Pero Ed Morrell es otra historia. Les hablaré de él más adelante. Tengo tanto que contar que apenas sé por dónde comenzar.

Está bien, comencemos. Nací en tierras de Minnesota. Mi madre era la hija de un inmigrante sueco. Se llamaba Hilda Tonnesson. Mi padre se llamaba Chauncey Standing, americano de pura cepa. Sus antepasados se remontaban hasta Alfred Standing, un sirviente, o si lo prefieren, un esclavo, que llegó desde Inglaterra a las plantaciones de Virginia hace ya mucho tiempo, antes aun de que un joven Washington explorara las tierras vírgenes de Pennsylvania.

Uno de los hijos de Alfred Standing luchó en la Guerra de Independencia; uno de sus nietos, en la Guerra de 1812. No ha habido desde entonces una guerra en la que no haya tomado parte alguno de los Standing. Yo, el último de los Standing, que moriré muy pronto y sin descendencia, luché como soldado raso en Filipinas, nuestra última guerra, y para ello renuncié, en el mejor momento de mi temprana carrera, a mi cátedra en la Universidad de Nebraska. ¡Santo cielo, cuando renuncié iba camino de convertirme en decano de la Facultad de Agricultura de aquella universidad! ¡Yo, el vagabundo de las estrellas, el ferviente aventurero, el Caín peregrino de los siglos, el sacerdote militante de los tiempos más remotos, el eterno poeta, el soñador lunático olvidado por los siglos, a quien jamás se mencionará en los libros de historia!

Y heme aquí, con las manos manchadas de sangre en el Corredor de la Muerte de la cárcel estatal de Folsom, esperando el día decretado por la maquinaria del Estado para que sus esbirros me envíen lejos, muy lejos de aquí,

al lugar al que ellos, ingenuamente, denominan *la oscuridad*; la oscuridad a la que tanto temen, la que puebla sus fantasías de supersticiones y terrores; la oscuridad que les conduce, sumisos y quejumbrosos, ante los altares de sus dioses antropomórficos creados por el miedo.

No, jamás seré decano de ninguna facultad de Agricultura. Y sabía mucho de agricultura. Era mi profesión. Nací para ello, me crié para ello, me eduqué para ello: era todo un maestro. Tenía un don. Puedo saber a simple vista qué vaca da leche con mayor porcentaje de nata, y dejar que el test de Babcock verifique la exactitud de mis pronósticos. Con tan solo mirar, ya no la tierra, sino un paisaje, puedo dictaminar las virtudes y deficiencias del terreno. No necesito papel tornasol para determinar si un suelo es ácido o alcalino. Repito, el cultivo de la tierra, en su más alto sentido científico, era y sigue siendo mi don. Y aun así el Estado, en representación de todos sus ciudadanos, cree que puede acabar con todos mis conocimientos colocándome una soga alrededor del cuello y valiéndose de la abrupta sacudida provocada por la ley de la gravedad: ¡toda mi sabiduría, incubada a través de los siglos, fraguada mucho antes de que los primeros rebaños nómadas pastaran en los campos de Troya!

¿Maíz? ¿Quién conoce el maíz mejor que yo? Lo que conseguí en Wistar es la mejor prueba de ello; allí incrementé la producción anual de maíz de cada condado de Iowa por valor de medio millón de dólares. Eso es historia. Muchos de los agricultores que viajan hoy en día en sus automóviles saben quién hizo posible ese automóvil; muchas chicas y chicos enfrascados en el instituto en el estudio de sus libros de texto apenas podrían imaginarse que todos sus sueños de una educación superior fueron posibles gracias a mis estudios sobre el maíz en Wistar.

¡Por no hablar de la gestión de una granja! Soy capaz de calibrar el derroche de actividad de una explotación

sin estudiar registro alguno, tanto de la granja como de la mano de obra, la distribución de los edificios o del trabajo. Escribí un libro sobre todo eso, con gráficas incluidas. Sin duda alguna, en este mismo instante cien mil granjeros se estarán estrujando la cabeza ante sus páginas antes de apagar sus pipas e irse a la cama. En cambio, yo no necesitaba ni gráficas ni manuales; con solo mirar a un hombre me bastaba para conocer su predisposición, su coordinación y el porcentaje de toda la actividad que malgastaba.

Y aquí debo concluir el primer capítulo de mi narración. Son las nueve en punto, y en el Corredor de la Muerte eso significa que se apagan las luces. Ahora mismo puedo oír el sonido de los zapatos de goma del guardia, que viene a reprenderme porque mi lámpara de queroseno sigue aún encendida. ¡Como si los vivos pudieran censurar a un condenado a muerte!